

Elegant Jasmines.

In this beautiful Jasmin...
some striking and fine...
existing sorts. Of easy...
Blossom, elegant...
of chaste and w...
fine plants...
ants, 30c each. If you...
let it be this one.



forever.

SMELL OF BOOKS

Antología Literaria

7mo grado

- Colegio San Esteban
- Docentes: Palacio, Nadia
Zapata, Melisa

Estudiante:.....

1er trimestre, 2025



i love you
love

si mon oncle m'avait g...
me, en prévision de l...



THE SMITHS

WHAAM!

JEANE

edding or Pot Culture

(Morrisey and Mus'om to Garden of Luxemb...
Produced by TROUGH beautifully imbricated petals:
or pale. Creamy yellow, delicately flus...

Índice

Cuentos clásicos	2
Poesía y canción.....	8
Texto instructivo.....	20
Biografía.....	22
Texto argumentativo.....	26
Cuento de ciencia ficción.....	29
Reseña literaria.....	34
Entrevista.....	37

Cuentos clásicos

Caperucita roja, versión de Charles Perrault

Érase una vez una preciosa niña que siempre llevaba una capa roja con capucha para protegerse del frío. Por eso, todo el mundo la llamaba Caperucita Roja. Caperucita vivía en una casita cerca del bosque. Un día, la mamá de Caperucita le dijo:

- Hija mía, tu abuelita está enferma. He preparado una cestita con tortas y un tarrito de miel para que se la lleves ¡Ya verás qué contenta se pone!
- ¡Estupendo, mamá! Yo también tengo muchas ganas de ir a visitarla – dijo Caperucita saltando de alegría.

Cuando Caperucita se disponía a salir de casa, su mamá, con gesto un poco serio, le hizo una advertencia:

- Ten mucho cuidado, cariño. No te entretengas con nada y no hables con extraños. Sabes que en el bosque vive el lobo y es muy peligroso. Si ves que aparece, sigue tu camino sin detenerte.
- No te preocupes, mamita – dijo la niña- Tendré en cuenta todo lo que me dices.
- Está bien – contestó la mamá, confiada – Dame un besito y no tardes en regresar.
- Así lo haré, mamá – afirmó de nuevo Caperucita diciendo adiós con su manita mientras se alejaba.

Cuando llegó al bosque, la pequeña comenzó a distraerse contemplando los pajaritos y recogiendo flores. No se dio cuenta de que alguien la observaba detrás de un viejo y frondoso árbol. De repente, oyó una voz dulce y zalamera.

- ¿A dónde vas, Caperucita?

La niña, dando un respingo, se giró y vio que quien le hablaba era un enorme lobo.

- Voy a casa de mi abuelita, al otro lado del bosque. Está enferma y le llevo una deliciosa merienda y unas flores para alegrarle el día.
- ¡Oh, eso es estupendo! – dijo el astuto lobo – Yo también vivo por allí. Te echo una carrera a ver quién llega antes. Cada uno iremos por un camino diferente ¿te parece bien?

La inocente niña pensó que era una idea divertida y asintió con la cabeza. No sabía que el lobo había elegido el camino más corto para llegar primero a su destino. Cuando el animal llegó a casa de la abuela, llamó a la puerta.

- ¿Quién es? – gritó la mujer.

– Soy yo, abuelita, tu querida nieta Caperucita. Ábreme la puerta – dijo el lobo imitando la voz de la niña.

– Pasa, querida mía. La puerta está abierta – contestó la abuela.

El malvado lobo entró en la casa y sin pensárselo dos veces, saltó sobre la cama y se comió a la anciana. Después, se puso su camisón y su gorrito de dormir y se metió entre las sábanas esperando a que llegara la niña. Al rato, se oyeron unos golpes.

– ¿Quién llama? – dijo el lobo forzando la voz como si fuera la abuelita.

– Soy yo, Caperucita. Vengo a hacerte una visita y a traerte unos ricos dulces para merendar.

– Pasa, querida, estoy deseando abrazarte – dijo el lobo malvado relamiéndose.

La habitación estaba en penumbra. Cuando se acercó a la cama, a Caperucita le pareció que su abuela estaba muy cambiada. Extrañada, le dijo:

– Abuelita, abuelita ¡qué ojos tan grandes tienes!

– Son para verte mejor, preciosa mía – contestó el lobo, suavizando la voz.

– Abuelita, abuelita ¡qué orejas tan grandes tienes!

– Son para oírte mejor, querida.

– Pero... abuelita, abuelita ¡qué boca tan grande tienes!

– ¡Es para comerte mejor! – gritó el lobo dando un enorme salto y comiéndose a la niña de un bocado.

Con la barriga llena después de tanta comida, al lobo le entró sueño. Salió de la casa, se tumbó en el jardín y cayó profundamente dormido. El fuerte sonido de sus ronquidos llamó la atención de un cazador que pasaba por allí. El hombre se acercó y vio que el animal tenía la panza muy hinchada, demasiado para ser un lobo. Sospechando que pasaba algo extraño, cogió un cuchillo y le rajó la tripa ¡Se llevó una gran sorpresa cuando vio que de ella salieron sanas y salvas la abuela y la niña!

Después de liberarlas, el cazador cosió la barriga del lobo y esperaron un rato a que el animal se despertara. Cuando por fin abrió los ojos, vio como los tres le rodeaban y escuchó la profunda y amenazante voz del cazador que le gritaba enfurecido:

– ¡Lárgate, lobo malvado! ¡No te queremos en este bosque! ¡Como vuelva a verte por aquí, no volverás a contarle!

El lobo, aterrado, puso pies en polvorosa y salió despavorido. Caperucita y su abuelita, con lágrimas cayendo sobre sus mejillas, se abrazaron. El susto había pasado y la niña había aprendido una importante lección: nunca más desobedecería a su mamá ni se fiaría de extraños.

Los tres cerditos

Había una vez tres cerditos que vivían al aire libre cerca del bosque. A menudo se sentían inquietos porque por allí solía pasar un lobo malvado y peligroso que amenazaba con comérselos. Un día se pusieron de acuerdo en que lo más prudente era que cada uno construyera una casa para estar más protegidos.

El cerdito más pequeño, que era muy vago, decidió que su casa sería de paja. Durante unas horas se dedicó a apilar cañitas secas y en un santiamén, construyó su nuevo hogar. Satisfecho, se fue a jugar.

– ¡Ya no le temo al lobo feroz! – les dijo a sus hermanos.

El cerdito mediano era un poco más decidido que el pequeño, pero tampoco tenía muchas ganas de trabajar. Pensó que una casa de madera sería suficiente para estar seguro, así que se internó en el bosque y acarreó todos los troncos que pudo para construir las paredes y el techo. En un par de días la había terminado y muy contento, se fue a charlar con otros animales.

– ¡Qué bien! Yo tampoco le temo ya al lobo feroz – comentó a todos aquellos con los que se iba encontrando.

El mayor de los hermanos, en cambio, era sensato y tenía muy buenas ideas. Quería hacer una casa confortable, pero sobre todo indestructible, así que fue a la ciudad, compró ladrillos y cemento, y comenzó a construir su nueva vivienda. Día tras día, el cerdito se afanó en hacer la mejor casa posible. Sus hermanos no entendían para qué se tomaba tantas molestias.

– ¡Mira a nuestro hermano! – le decía el cerdito pequeño al mediano – Se pasa el día trabajando en vez de venir a jugar con nosotros.

– Pues sí ¡vaya tontería! No sé para qué trabaja tanto pudiendo hacerla en un periquete... Nuestras casas han quedado fenomenal y son tan válidas como la suya.

El cerdito mayor, los escuchó.

– Bueno, cuando venga el lobo veremos quién ha sido el más responsable y listo de los tres – le dijo a modo de advertencia.

Tardó varias semanas y le resultó un trabajo agotador, pero sin duda el esfuerzo mereció la pena. Cuando la casa de ladrillo estuvo terminada, el mayor de los hermanos se sintió orgulloso y se sentó a contemplarla mientras tomaba una refrescante limonada.

– ¡Qué bien ha quedado mi casa! Ni un huracán podrá con ella.

Cada cerdito se fue a vivir a su propio hogar. Todo parecía tranquilo hasta que una mañana, el más pequeño que estaba jugando en un charco de barro, vio aparecer entre los arbustos al temible lobo. El pobre cochino empezó a correr y se refugió en su recién estrenada casita de paja. Cerró la puerta y respiró aliviado. Pero desde dentro oyó que el lobo gritaba:

– ¡Soplaré y soplaré y la casa derribaré!

Y tal como lo dijo, comenzó a soplar y la casita de paja se desmoronó. El cerdito, aterrorizado, salió corriendo hacia casa de su hermano mediano y ambos se refugiaron allí. Pero el lobo apareció al cabo de unos segundos y gritó:

– ¡Soplaré y soplaré y la casa derribaré!

Sopló tan fuerte que la estructura de madera empezó a moverse y al final todos los troncos que formaban la casa se cayeron y comenzaron a rodar ladera abajo. Los hermanos, desesperados, huyeron a gran velocidad y llamaron a la puerta de su hermano mayor, quien les abrió y les hizo pasar, cerrando la puerta con llave.

– Tranquilos, chicos, aquí estaréis bien. El lobo no podrá destrozar mi casa.

El temible lobo llegó y por más que sopló, no pudo mover ni un solo ladrillo de las paredes ¡Era una casa muy resistente! Aun así, no se dio por vencido y buscó un hueco por el que poder entrar. En la parte trasera de la casa había un árbol centenario. El lobo subió por él y de un salto, se plantó en el tejado y de ahí brincó hasta la chimenea. Se deslizó por ella para entrar en la casa, pero cayó sobre una enorme olla de caldo que se estaba calentado al fuego. La quemadura fue tan grande que pegó un aullido desgarrador y salió disparado de nuevo al tejado. Con el culo enrojecido, huyó para nunca más volver.

– ¿Veis lo que ha sucedido? – regañó el cerdito mayor a sus hermanos – ¡Os habéis salvado por los pelos de caer en las garras del lobo! Eso os pasa por vagos e inconscientes. Hay que pensar las cosas antes de hacerlas. Primero está la obligación y luego la diversión. Espero que hayáis aprendido la lección.

¡Y desde luego que lo hicieron! A partir de ese día se volvieron más responsables, construyeron una casa de ladrillo y cemento como la de su sabio hermano mayor y vivieron felices y tranquilos para siempre.

El patito feo (Hans C. Andersen)

Era una preciosa mañana de verano en el estanque. Todos los animales que allí vivían se sentían felices bajo el cálido sol, en especial una pata que, de un momento a otro, esperaba que sus patitos vinieran al mundo.

– ¡Hace un día maravilloso! – pensaba la pata mientras reposaba sobre los huevos para darles calor – Sería ideal que hoy nacieran mis hijitos. Estoy deseando verlos porque seguro que serán los más bonitos del mundo.

Y parece que se cumplieron sus deseos, porque a media tarde, cuando todo el campo estaba en silencio, se oyeron unos crujidos que despertaron a la futura madre.

¡Sí, había llegado la hora! Los cascarones comenzaron a romperse y muy despacio, fueron asomando una a una las cabecitas de los pollitos.

– Pero ¡qué preciosos sois, hijos míos! – exclamó la orgullosa madre – Así de lindos os había imaginado.

Sólo faltaba un pollito por salir. Se ve que no era tan hábil y le costaba romper el cascarón con su pequeño pico. Al final también él consiguió estirar el cuello y asomar su enorme cabeza fuera del cascarón.

– ¡Mami, mami! – dijo el extraño pollito con voz chillona.

¡La pata, cuando le vio, se quedó espantada! No era un patito amarillo y regordete como los demás, sino un pato grande, gordo y negro que no se parecía nada a sus hermanos.

– ¿Mami?... ¡Tú no puedes ser mi hijo! ¿De dónde habrá salido una cosa tan fea? – le increpó – ¡Vete de aquí, impostor!

Y el pobre patito, con la cabeza gacha, se alejó del estanque mientras de fondo oía las risas de sus hermanos, burlándose de él.

Durante días, el patito feo deambuló de un lado para otro sin saber a dónde ir. Todos los animales con los que se iba encontrando le rechazaban y nadie quería ser su amigo.

Un día llegó a una granja y se encontró con una mujer que estaba barriendo el establo. El patito pensó que allí podría encontrar cobijo, aunque fuera durante una temporada.

– Señora – dijo con voz trémula- ¿Sería posible quedarme aquí unos días? Necesito comida y un techo bajo el que vivir.

La mujer le miró de reojo y aceptó, así que, durante un tiempo, al pequeño pato no le faltó de nada. A decir verdad, siempre tenía mucha comida a su disposición. Todo parecía ir sobre ruedas hasta que un día, escuchó a la mujer decirle a su marido:

– ¿Has visto cómo ha engordado ese pato? Ya está bastante grande y lustroso ¡Creo que ha llegado la hora de que nos lo comamos!

El patito se llevó tal susto que salió corriendo, atravesó el cercado de madera y se alejó de la granja. Durante quince días y quince noches vagó por el campo y comió lo poco que pudo encontrar. Ya no sabía qué hacer ni a donde dirigirse. Nadie le quería y se sentía muy desdichado.

¡Pero un día su suerte cambió! Llegó por casualidad a una laguna de aguas cristalinas y allí, deslizándose sobre la superficie, vio una familia de preciosos cisnes. Unos eran blancos, otros negros, pero todos esbeltos y majestuosos. Nunca había visto animales tan bellos. Un poco avergonzado, alzó la voz y les dijo:

– ¡Hola! ¿Puedo darme un chapuzón en vuestra laguna? Llevo días caminando y necesito refrescarme un poco.

– ¡Claro que sí! Aquí eres bienvenido ¡Eres uno de los nuestros! – dijo uno que parecía ser el más anciano.

– ¿Uno de los vuestros? No entiendo...

– Sí, uno de los nuestros ¿Acaso no conoces tu propio aspecto? Agáchate y mírate en el agua. Hoy está tan limpia que parece un espejo.

Y así hizo el patito. Se inclinó sobre la orilla y... ¡No se lo podía creer! Lo que vio le dejó boquiabierto. Ya no era un pato gordo y chato, sino que en los últimos días se había transformado en un hermoso cisne negro de largo cuello y bello plumaje.

¡Su corazón saltaba de alegría! Nunca había vivido un momento tan mágico. Comprendió que nunca había sido un patito feo, sino que había nacido cisne y ahora lucía en todo su esplendor.

– Únete a nosotros – le invitaron sus nuevos amigos – A partir de ahora, te cuidaremos y serás uno más de nuestro clan.

Y feliz, muy feliz, el pato que era cisne, se metió en la laguna y compartió el paseo con aquellos que le querían de verdad.

Fuente: *Los clásicos*. Edición homenaje cuentos de Polidoro. Ministerio de educación.

Poesía y canción

Limeriks

El limerik tiene su origen en Irlanda; los primeros conocidos son los de Edward Lear y surgieron en el condado de Limerick, de donde su nombre. Definido por su estructura, se trata de una "quintilla", esto es, una combinación métrica de cinco versos octosílabos, con dos consonancias distintas, ordenados de modo que no queden juntos tres con la misma consonancia y que no tengan la misma los dos últimos. También se define como combinación métrica de cinco versos, de cualquier medida, con dos consonancias distintas. Aunque tienen un patrón de medida muy estricto, la inmensa variedad de Limericks escritos es sorprendente.

Un canario que ladra si está triste,
que come cartulina en vez de alpiste,
que se pasea en coche
y toma sol de noche,
estoy casi seguro que no existe.

Siempre de frac y con zapatos finos,
No parece que fueran argentinos.
¿Por qué, por qué será
que no usan chiripá
ni poncho ni alpargatas los Pingüinos?

Si alguna vez conocen una Trucha
que en un árbol muy alto hizo la cucha,
que solamente nada
en agua no mojada,
señores, esa Trucha está enfermucha.

Un Gallo a una Gallina preguntó:
¿Cocorocó? ¿Cocorocó cocó?
la Gallina, indecisa,
primero le dio risa,
pero después le contestó que no.

Fuente: *Zoo loco*. María Elena Walsh. Editorial Alfaguara infantil.

Verso libre

Vagar en lo opaco. Alejandra Pizarnik

mis pupilas negras sin ineluctables chispitas
mis pupilas grandes polen lleno de abejas
mis pupilas redondas disco rayado
mis pupilas graves sin quiebro absoluto
mis pupilas rectas sin gesto innato
mis pupilas llenas pozo bien oliente
mis pupilas coloreadas agua definida
mis pupilas sensibles rigidez de lo desconocido
mis pupilas salientes callejón preciso
mis pupilas terrestres remedos cielinos
mis pupilas oscuras piedras caídas



La noche. Alejandra P.

Poco sé de la noche
pero la noche parece saber de mí,
y más aún, me asiste como si me quisiera,
me cubre la conciencia con sus estrellas.



Tal vez la noche sea la vida y el sol la muerte.
Tal vez la noche es nada
y las conjeturas sobre ella nada
y los seres que la viven nada.
Tal vez las palabras sean lo único que existe
en el enorme vacío de los siglos
que nos arañan el alma con sus recuerdos.

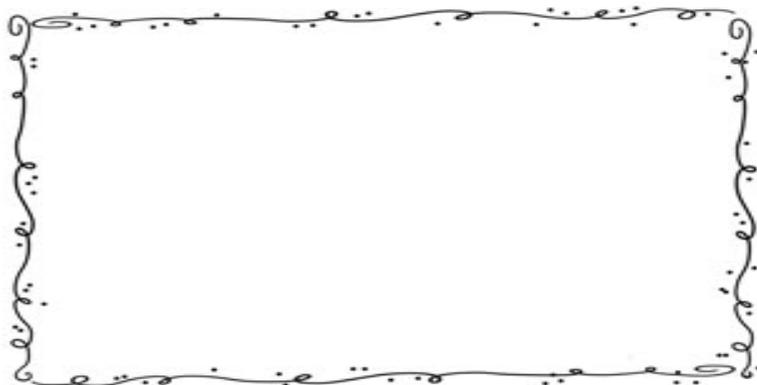
[...]

A small, hand-drawn scribble consisting of several horizontal lines, located in the upper right corner of the page, above the main writing area.

Antes

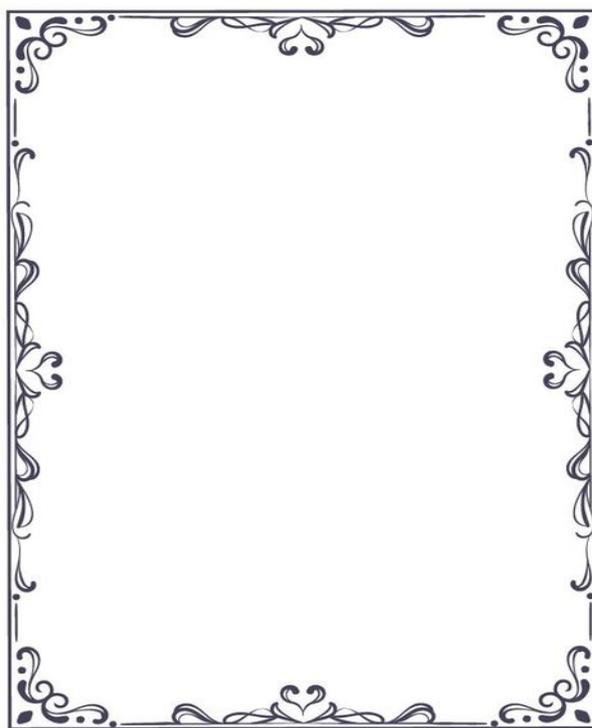
Alejandra Pizani

bosque musical
los pájaros dibujaban en mis ojos
pequeñas jaulas



Mariposa. Federico García Lorca

Mariposa del aire,
qué hermosa eres,
Mariposa del aire
dorada y verde.
Luz de candil,
mariposa del aire
!Quédate ahí, ahí, ahí...!
No te quieres parar
pararte no quieres.
Mariposa del aire
dorada y verde.
Luz de candil,
mariposa del aire,
!quédate ahí, ahí, ahí!...
!Quédate ahí!
Mariposa ¿Estás ahí?



Fuente: *Poesía y vida*. Antología de poemas. Buenos Aires Educación.

Haikus

El Haiku es una de las más importantes formas poéticas de la poesía japonesa. Tradicionalmente está formado por tres versos de cinco, siete, y cinco sílabas respectivamente. Y otra de sus características esenciales es que suele haber en el poema una referencia explícita a las estaciones del año, por ejemplo, en el invierno: nieve; en el otoño: hojas, o en primavera: flores. Pero no siempre esta palabra que hace referencia explícita a las estaciones, y que se denomina *kigo* es tan obvia, y este hecho forma parte de su encanto.

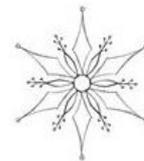
En cuanto a la temática, el haiku trata de describir de forma breve y sencilla una escena vista o imaginada. Según Basho, que fue considerado el padre del género, “un haiku es simplemente lo que está sucediendo en ese lugar en ese momento”, y, de hecho, algunos de los haikus más emocionantes o hermosos describen situaciones cotidianas, y lo hacen de una forma en la que el lector vive una experiencia totalmente nueva a partir de una situación ya conocida. Con solo tres versos y a través de la observación, los poetas japoneses han sabido expresar a la perfección su relación con la realidad a la vez que la han dotado de un sentido eterno o de trascendencia.

INAHATA TEIKO

Nació en 1931. Hija y nieta de compositores de *haikus*, Inahata tuvo a su disposición desde pequeña una nutrida biblioteca de autores clásicos nipones y algunos libros occidentales (Shakespeare, Byron, etc.). Ha dirigido la prestigiosa revista dedicada al *haiku* *Hototogisu*. Actualmente es la presidenta de la *Asociación Japonesa del Haiku* y consejera de la *Asociación Internacional del Haiku*. Sus poemas y sus trabajos teóricos son muy respetados por las comunidades de *hakuin* de dentro y fuera de Japón.

Umi miete kazabana hikaru monoto nari

Contemplando el mar
percibo titilantes
copos de nieve.



Yukiyama mo yuki naki yama mo nishi takasa



Montañas nevadas
y montañas sin nieve.
Ambas con idéntica altura.

YAMAGUCHI SEISHI

Nacido en 1901 y fallecido en 1994. Verdaderamente, Seishi fue una de las voces más importantes del *haiku* del siglo XX. Alumno de Kyoshi Takahama, con la poesía de Seishi comienza a ser más que notoria la diferenciación entre los viejos hacedores de *haikus* y las nuevas generaciones, las cuales buscaron a la musa poética más allá de sus fronteras. Takahama dijo de él que era su «discípulo más alejado del camino». Aunque, como en los poemas que recogemos en esta antología, también fue capaz de componer siguiendo los ideales de los maestros de antaño.

Tonbo no ha-ura ni sabishi aki shigure

Una libélula a solas
en el envés de una hoja.
Lluvia de otoño.

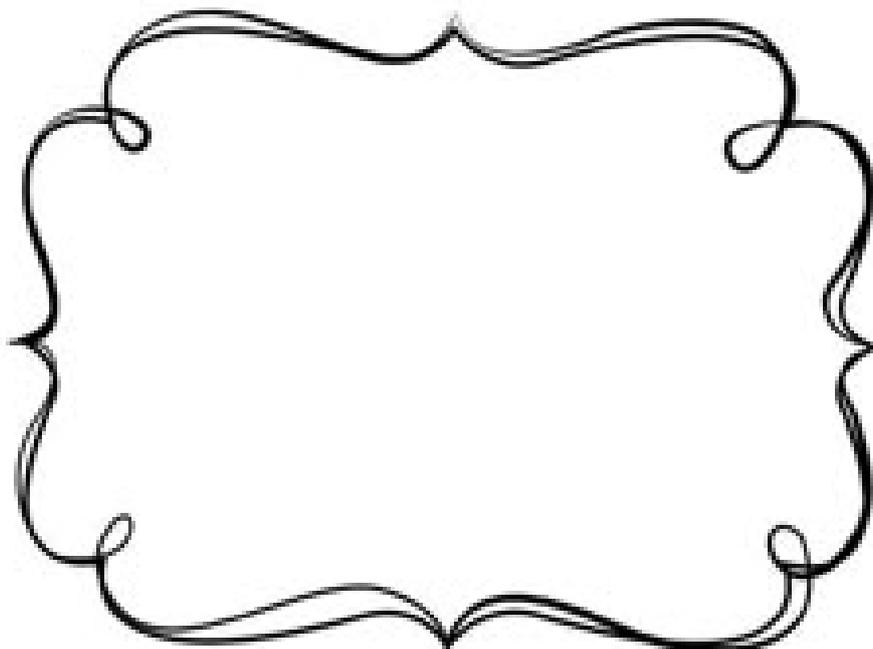


Sutsubame mo same-ite yoji ni kama o taku



Encendiendo un fuego
de madrugada, cuando sólo
mamá golondrina trabaja.

Fuente: *Más allá del ruido del agua*. Antología del haiku japonés contemporáneo. Selección, traducción e introducción de Fernando Cid Lucas. Fundación inquietudes.



Canciones

Solo le pido a dios. Mercedes Sosa

Solo le pido a Dios
Que el dolor no me sea indiferente
Que la reseca muerte no me encuentre
Vacía y sola sin haber hecho lo suficiente

Solo le pido a Dios
Que lo injusto no me sea indiferente
Que no me abofeteen la otra mejilla
Después que una garra me arañe esta suerte

Solo le pido a Dios
Que la guerra no me sea indiferente
Es un monstruo grande y pisa fuerte
Toda la pobre inocencia de la gente

Es un monstruo grande y pisa fuerte
Toda la pobre inocencia de la gente

Solo le pido a Dios
Que el engaño no me sea indiferente
Si un traidor puede más que unos cuantos
Que esos cuantos no lo olviden fácilmente

Solo le pido a Dios
Que el futuro no me sea indiferente
Desahuciado está el que tiene que marchar
A vivir una cultura diferente

Solo le pido a Dios
Que la guerra no me sea indiferente
Es un monstruo grande y pisa fuerte
Toda la pobre inocencia de la gente

Es un monstruo grande y pisa fuerte
Toda la pobre inocencia de la gente



La maza. Mercedes Sosa

Si no creyera en la locura
De la garganta del sinsonte
Si no creyera que en el monte
Se esconde el trino y la pavura

Si no creyera en la balanza
En la razón del equilibrio
Si no creyera en el delirio
Si no creyera en la esperanza

Si no creyera en lo que agencio
Si no creyera en mi camino
Si no creyera en mi sonido
Si no creyera en mi silencio

¿Qué cosa fuera?
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?
Un amasijo hecho de cuerdas y tendones
Un revoltijo de carne con madera
Un instrumento sin mejores pretensiones
De lucecitas montadas para escena
¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?
Un testafarro del traidor de los aplausos
Un servidor de pasado en copa nueva
Un eternizador de dioses del ocaso
Júbilo hervido con trapo y lentejuela

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?

Si no creyera en lo más duro
Si no creyera en el deseo
Si no creyera en lo que creo
Si no creyera en algo puro

Si no creyera en cada herida
Si no creyera en la que ronde
Si no creyera en lo que esconde
Hacerse hermano de la vida



Si no creyera en quien me escucha
Si no creyera en lo que duele
Si no creyera en lo que quede
Si no creyera en lo que lucha

¿Qué cosa fuera?

¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?

Un amasijo hecho de cuerdas y tendones

Un revoltijo de carne con madera

Un instrumento sin mejores pretensiones

De lucecitas montadas para escena

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?

¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?

Un testafarro del traidor de los aplausos

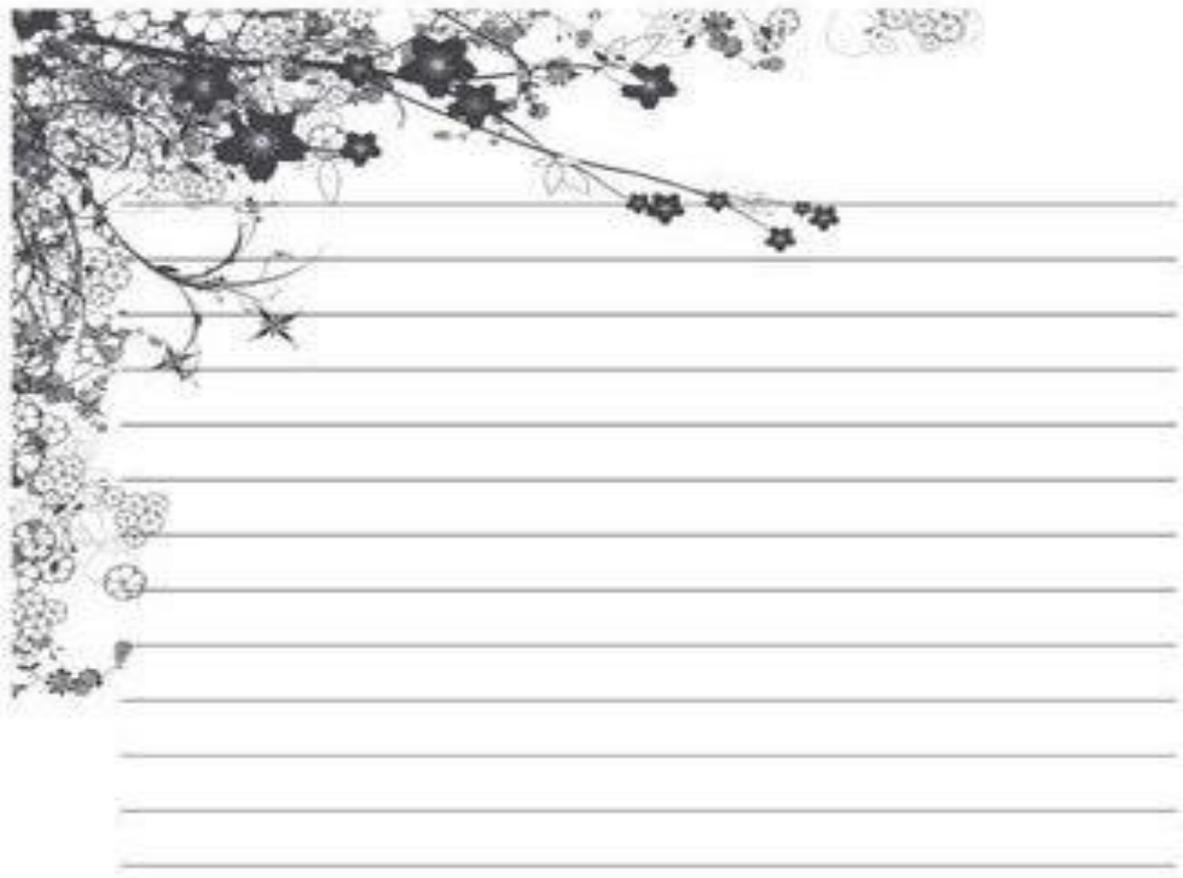
Un servidor de pasado en copa nueva

Un eternizador de dioses del ocaso

Júbilo hervido con trapo y lentejuela

¿Qué cosa fuera, corazón, qué cosa fuera?

¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?



Barro tal vez. Mercedes Sosa

Si no canto lo que siento
Me voy a morir por dentro
He de gritarle a los vientos hasta reventar
Aunque sólo quede tiempo en mi lugar

Si quiero me toco el alma
Pues mi carne ya no es nada
He de fusionar mi resto con el despertar
Aunque se pudra mi boca por callar

Ya lo estoy queriendo
Ya me estoy volviendo canción
Barro tal vez

Y es que esta es mi corteza
Donde el hacha golpeará
Donde el río secará para callar
Y es que esta es mi corteza
Donde el hacha golpeará
Donde el río secará para callar

Ya me apuran los momentos
Ya mi sien es un lamento
Mi cerebro escupe ya el final del historial
Del comienzo que tal vez reemprenderá

Si quiero me toco el alma
Pues mi carne ya no es nada
He de fusionar mi resto con el despertar
Aunque se pudra mi boca por callar

Ya lo estoy queriendo
Ya me estoy volviendo canción
Barro tal vez

Y es esta es mi corteza
Donde el hacha golpeará
Donde el río secará para callar
Y es que esta es mi corteza
Donde el hacha golpeará
Donde el río secará para callar



Mariposa tecknicolor. Fito Paez

Todas las mañanas que viví
Todas las calles donde me escondí
El encantamiento de un amor
El sacrificio de mis madres
Los zapatos de charol

Los domingos en el club
Salvo que Cristo sigue allí en la cruz
Las columnas de la catedral
Y la tribuna grita "gol" el lunes por la capital

Todos yiran y yiran
Todos bajo el sol
Se proyecta la vida
Mariposa tecknicolor

Cada vez que me miras
Cada sensación
Se proyecta la vida
Mariposa tecknicolor

Vi sus caras de resignación
Los vi felices llenos de dolor
Ellas cocinaban el arroz
É levantaba sus principios de sutil emperador

Todo al fin se sucedió
Solo que el tiempo no los esperó
La melancolía de morir en este mundo
Y de vivir sin una estúpida razón

Todos yiran y yiran
Todos bajo el sol
Se proyecta la vida
Mariposa tecknicolor

Cada vez que me miras
Cada sensación
Se proyecta la vida
Mariposa tecknicolor



Yo te conozco de antes
Desde antes de ayer
Yo te conozco de antes
Cuando me fui no me alejé

Llevo la voz cantante
Llevo la luz del tren
Llevo un destino errante
Llevo tus marcas en mi piel

Y hoy solo te vuelvo a ver
Y hoy solo te vuelvo a ver
Y hoy solo te vuelvo a ver



Durazno sangrando. Luis Alberto Spinetta

Temprano el durazno,
del árbol cayó...
su piel era rosa,
dorado del sol...
y al verse en la suerte,
de todo frutal...
a orillas de un río,
su fe lo hizo llegar...

Dicen que en este valle,
los duraznos son de los duendes...

Pasó cierto tiempo,
en el mismo lugar,
hasta que un buen día,
se puso a escuchar,
una melodía muy triste del Sur...
que así le lloraba,
desde su interior...

Quien canta es tu carozo,
pues tu cuerpo al fin,
tiene un alma...



Y si tu ser estalla,
será un corazón,
el que sangre...

Y la canción que escuchas,
tu cuerpo abrirá,
con el alba

La brisa de Enero,
a la orilla llegó,
la noche del tiempo,
sus horas cumplió...
y al llegar el alba,
el carozo cantó,
partiendo al durazno,
que al río cayó...

Y el durazno partido,
ya sangrando está, bajo el agua...



Fuente: www.letras.com

Texto instructivo

Instrucciones para llorar. Julio Cortazar

Dejando de lado los motivos, atengámonos a la manera correcta de llorar, entendiendo por esto un llanto que no ingrese en el escándalo, ni que insulte a la sonrisa con su paralela y torpe semejanza. El llanto medio u ordinario consiste en una contracción general del rostro y un sonido espasmódico acompañado de lágrimas y mocos, estos últimos al final, pues el llanto se acaba en el momento en que uno se suena enérgicamente. Para llorar, dirija la imaginación hacia usted mismo, y si esto le resulta imposible por haber contraído el hábito de creer en el mundo exterior, piense en un pato cubierto de hormigas o en esos golfos del estrecho de Magallanes en los que no entra nadie, nunca. Llegado el llanto, se tapaná con decoro el rostro usando ambas manos con la palma hacia adentro. Los niños llorarán con la manga del saco contra la cara, y de preferencia en un rincón del cuarto. Duración media del llanto, tres minutos.



Instrucciones para subir una escalera. Julio Cortazar

Nadie habrá dejado de observar que con frecuencia el suelo se pliega de manera tal que una parte sube en ángulo recto con el plano del suelo, y luego la parte siguiente se coloca paralela a este plano, para dar paso a una nueva perpendicular, conducta que se repite en espiral o en línea quebrada hasta alturas sumamente variables. Agachándose y poniendo la mano izquierda en una de las partes verticales, y la derecha en la horizontal correspondiente, se está en posesión momentánea de un peldaño o escalón. Cada uno de estos peldaños, formados como se ve por dos elementos, se sitúa un tanto más arriba y adelante que el anterior, principio que da sentido a la escalera, ya que

cualquiera otra combinación producirá formas quizá más bellas o pintorescas, pero incapaces de trasladar de una planta baja a un primer piso.

Las escaleras se suben de frente, pues hacia atrás o de costado resultan particularmente incómodas. La actitud natural consiste en mantenerse de pie, los brazos colgando sin esfuerzo, la cabeza erguida aunque no tanto que los ojos dejen de ver los peldaños inmediatamente superiores al que se pisa, y respirando lenta y regularmente. Para subir una escalera se comienza por levantar esa parte del cuerpo situada a la derecha abajo, envuelta casi siempre en cuero o gamuza, y que salvo excepciones cabe exactamente en el escalón. Puesta en el primer peldaño dicha parte, que para abreviar llamaremos pie, se recoge la parte equivalente de la izquierda (también llamada pie, pero que no ha de confundirse con el pie antes citado), y llevándola a la altura del pie, se le hace seguir hasta colocarla en el segundo peldaño, con lo cual en éste descansará el pie, y en el primero descansará el pie. (Los primeros peldaños son siempre los más difíciles, hasta adquirir la coordinación necesaria. La coincidencia de nombre entre el pie y el pie hace difícil la explicación. Cuídese especialmente de no levantar al mismo tiempo el pie y el pie).

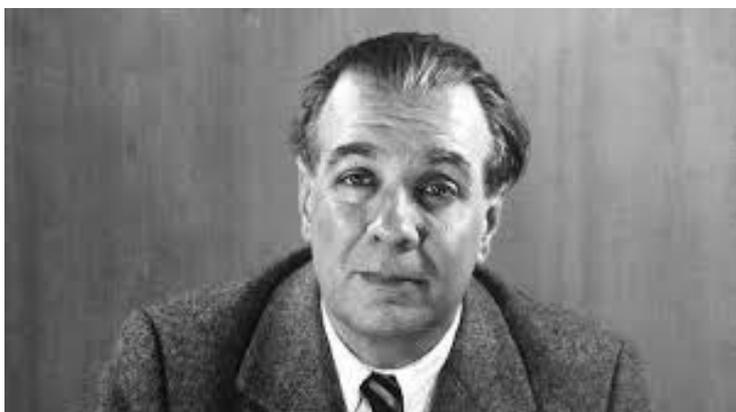
Llegando en esta forma al segundo peldaño, basta repetir alternadamente los movimientos hasta encontrarse con el final de la escalera. Se sale de ella fácilmente, con un ligero golpe de talón que la fija en su sitio, del que no se moverá hasta el momento del descenso.

Fuente: En *Historias de cronopios y famas*. Julio Cortazar



Biografía

Biografía de Jorge Luis Borges



Jorge Luis Borges nació el 24 de agosto de 1899 en el barrio de San Nicolás, pleno centro de la ciudad de Buenos Aires. El parto tuvo lugar en la casa familiar, ubicada a tan sólo tres cuadras de donde se emplaza actualmente el famoso obelisco.

Borges descendía de familias criollas que, en algunos casos, participaron activamente en la formación de la nación y se destacaron también en la Guerra de la Independencia y en las guerras fronterizas y civiles del siglo XIX. Por el lado paterno, tenía también ascendencia inglesa; su abuela, Frances Haslam, nació en Staffordshire y migró a Argentina en 1870, procedente de un extenso clan de predicadores, escritores e intelectuales.

En 1901 el matrimonio Borges-Acevedo se mudó al barrio de Palermo, a una casa lindera con la de la abuela paterna. Palermo era entonces un barrio humilde sobre el margen norte de la capital, donde se fundían el campo y la ciudad. Esas zonas eran conocidas como las “orillas” y en ellas la gente de campo se mezclaba con los inmigrantes europeos que habían comenzado a llegar masivamente al país. Esta combinación produjo una subcultura efervescente de la cual surgieron el tango, la milonga, el sainete y ciertos personajes arquetípicos como el guapo o el malevo. Borges no tuvo contacto directo con ese mundo de arrabal, sino que lo conoció por medio de “un destacado poeta menor” amigo de su padre, Evaristo Carriego.

Por el contrario, la infancia de Georgie –como lo llamaban– transcurrió casi íntegramente en el interior de la casa familiar, donde se hablaba indistintamente en inglés y en castellano. Borges aprendió a leer a tan temprana edad que, según manifestó muchas veces, no recordaba un momento de su vida en el que no supiera leer y escribir. Fue un niño con una curiosidad intelectual precoz, que fue satisfecha (estimulada) por la inmensa biblioteca “de ilimitados libros ingleses” de su padre. En su autobiografía afirma que “si tuviera que señalar el hecho capital de mi vida, diría la biblioteca de mi padre. Creo no haber salido nunca de esa biblioteca”.

En 1914 la familia se trasladó a Ginebra (Suiza), donde el padre, Jorge Guillermo, se sometería a un tratamiento oftalmológico con la esperanza de detener la ceguera que avanzaba implacable sobre su vista. Ese mismo año estalló la Primera Guerra Mundial y debieron prolongar su estadía en Suiza hasta 1919. Allí Borges aprendió el idioma francés, el alemán y estudió latín. Amplió y profundizó sus lecturas literarias y filosóficas, siendo Walt Whitman y Arthur Schopenhauer las dos grandes revelaciones de ese período. Los años suizos fueron de una dicha inusitada para el adolescente Georgie, que los evocará siempre con felicidad.

En 1919 los Borges se mudaron a España, donde vivieron por dos años. Allí, el joven Borges participa de algunos cenáculos, entra en contacto con las vanguardias y publica sus primeros trabajos en revistas literarias. También conoció y entabló amistad con el poeta andaluz Rafael Cansinos Assens, a quien consideró durante toda la vida uno de sus grandes maestros.

Regresaron a Buenos Aires en marzo de 1921. Entonces, la ciudad había acelerado y acentuado el proceso de transformación urbana y cultural que había comenzado a fines del siglo XIX, convirtiéndose en una metrópoli moderna y cosmopolita. En el reencuentro con su ciudad natal, Borges no celebrará el progreso, sino que buscará salvar la memoria de aquella antigua ciudad criolla, anterior a la ola inmigratoria que cambió definitivamente al país. Publica en 1923 su primer libro, el poemario “Fervor de Buenos Aires” y, luego, “Luna de enfrente” (1925) y “Cuaderno San Martín” (1929), en los que explora y encuentra la voz poética para expresar la nostalgia de aquella ciudad perdida.

Durante toda la década del '20 tiene una intensa actividad literaria fundando y colaborando en distintas revistas, participando en las polémicas de la época, escribiendo y publicando sus propios libros. En esos años hereda de su padre la amistad de Macedonio Fernández, que terminará influenciando profundamente su propia identidad literaria.

En 1930 se produce uno de los grandes acontecimientos literarios y culturales argentinos del siglo XX, la escritora Victoria Ocampo funda la revista Sur, que publicó su primer número el primero de enero de 1931. Por las páginas de Sur transitaban importantes figuras internacionales –como Waldo Frank, Ortega y Gasset, Graham Green, Albert Camus, Tagore, Alfonso Reyes, Walter Gropius, Henry Miller, William Faulkner y muchos más– y nacionales, como José Bianco, Leopoldo Marechal, Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Oliverio Girondo, Alicia Jurado, Ernesto Sábato, Alejandra Pizarnik, entre tantos otros. Pero sin dudas uno de los nombres más importantes fue el de Jorge Luis Borges, que formó parte de la revista desde su fundación y con la que colaboró durante cincuenta años, hasta 1980.

Fue por intermedio de Victoria Ocampo que Borges conoció en 1932 a Adolfo Bioy Casares. A pesar de la diferencia de edad (entonces Georgie tenía 32 años y Bioy tan sólo 17), se hicieron inmediatamente amigos y lo fueron hasta el final.

En enero de 1938 comienza a trabajar como auxiliar primero en la sucursal Miguel Cané de la Biblioteca Municipal, ubicada en el barrio de Boedo. Su tarea consistía en catalogar libros. El trabajo

era poco y sus colegas no tenían ningún interés literario ni intelectual. Paradójicamente, Borges desentonaba en esa biblioteca. “Hacía todo el trabajo de la biblioteca en una hora y después me escapaba al sótano, donde me pasaba las otras cinco horas leyendo o escribiendo”, confesó en su autobiografía. En esas horas Borges escribió muchos de sus más extraordinarios cuentos, por ejemplo, “La biblioteca de Babel”, “Pierre Menard, autor del Quijote”, “La muerte y la brújula” y “Las ruinas circulares”. Trabajó allí hasta 1946, cuando renunció a su cargo. “Fueron nueve años de continua desdicha”, “nueve años que serán en el recuerdo una tarde, una tarde monstruosa”.

Éste sería un año singularmente importante en la vida de Borges, no sólo porque había conseguido su primer empleo fijo, sino porque apenas un mes más tarde, el 12 de febrero, moría su padre. Jorge Guillermo había sido más que su padre, fue sobre todo un modelo y un consejero literario.

En 1944 la editorial Sur publica “Ficciones” uno de los (tal vez) cuatro libros capitales de su obra. Se trata de una colección de cuentos, la mayoría de los cuales ya habían sido publicados en un libro anterior o en diarios y revistas. Cinco años más tarde, en 1949, publica “El Aleph”, otra hazaña literaria. El libro es, como el anterior, una colección de cuentos ya publicados a los que se suman algunos inéditos. Ambos constituyen el pináculo creativo de nuestro escritor, a ellos se debe su fama mundial.

Cuando Borges renunció a su modesto puesto en la biblioteca Miguel Cané, debió buscar otra manera de generar ingresos para afrontar sus gastos personales y los de la casa, ya que los réditos de sus publicaciones eran exiguos. Así fue como aceptó dar, en 1949, nueve conferencias sobre distintos escritores estadounidenses para el Colegio Libre de Estudios Superiores, institución cultural independiente que por ese entonces dirigía el futuro presidente de la nación, Arturo Frondizi.

Borges tenía una leve pero marcada tartamudez y sufría, además, de pánico escénico. Sin embargo, estas conferencias fueron todo un éxito y marcaron el comienzo de una infinita serie de conferencias que dictaría alrededor de todo el mundo hasta el fin de sus días. “De modo que a los cuarenta y siete años descubrí que se me abría una vida nueva y emocionante. Recorrí la Argentina y el Uruguay dando conferencias. (...) No sólo terminé ganando más dinero que en la biblioteca, sino que disfrutaba del trabajo y me sentía justificado”.

Por estos años, la ceguera hereditaria que lo perseguía desde la infancia se había acentuado con severidad, a pesar de todos los tratamientos a los que se había sometido. Así fue que, hacia mediados de la década del '50, quedó definitivamente incapacitado de leer y escribir. Casi al mismo tiempo, en 1955, fue nombrado Director de la Biblioteca Nacional, cargo que ocupó hasta 1973, cuando se jubiló. La coincidencia de ambos hechos inspiró el famoso “Poema de los dones”, en el que celebra la ironía de haber quedado ciego en el preciso instante en el que le fue concedido habitar en el centro de un paraíso de novecientos mil libros.

Al año siguiente, en 1956, es designado titular de la cátedra de Literatura inglesa y norteamericana en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. “Yo he enseñado no literatura inglesa, la cual ignoro, sino el amor a esa literatura. O mejor dicho, ya que la literatura inglesa es

virtualmente infinita, el amor a ciertos libros, a ciertas páginas, quizá de ciertos versos. Yo dicté esa cátedra durante veinte años en la Facultad de Filosofía y Letras. Disponía de cincuenta o cuarenta alumnos, y cuatro meses. Lo menos importante eran las fechas y los nombres propios, pero logré enseñarles el amor de algunos autores y de algunos libros”.

La ceguera lo devolvió al verso, desde entonces publicó casi una decena de libros de poemas. Pero Borges nunca abandonó la prosa y continuó escribiendo cuentos y prólogos. Una de las aventuras que emprendió para no rendirse a la ceguera fue el estudio del inglés antiguo y de su literatura medieval, al que continuó el estudio correspondiente del escandinavo antiguo. “Mi objetivo principal ha sido estudiar, no la vanidad de dominar, y en los últimos doce años no me sentí defraudado”, escribió en su autobiografía.

El año 1961 le fue otorgado de manera compartida con el dramaturgo irlandés Samuel Beckett el Prix International des Editeurs, más conocido como Premio Formentor, con el que un grupo de importantes editores de Italia, Francia, España, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos reconocían la calidad excepcional de una obra literaria. Además del importe monetario (U\$S 10.000), el premio incluía el beneficio de editar en los cinco idiomas las obras seleccionadas y publicarlas en los seis países. Éste fue el hecho que lanzó a Borges a la fama mundial definitiva, “de la noche a la mañana mis libros brotaron como hongos por todo el mundo occidental”.

A partir de entonces, la consagración de este “viejo poeta ciego” fue unánime. Ese mismo año fue invitado como profesor visitante a la Universidad de Texas, donde -durante un semestre- enseñó literatura argentina. Así comenzó su largo recorrido por universidades, ciudades y países de todo el mundo. Recorrió el globo dando clases, ofreciendo conferencias, dialogando, soportando periodistas, visitando idiomas, descubriendo mitologías y saboreando muchas regiones. Recibió innumerables honores de innumerables gobiernos y casas de estudios.

Vivió la gloria con asombro y con gratitud. “Ya no considero inalcanzable la felicidad como me sucedía hace tiempo. Ahora sé que puede ocurrir en cualquier momento, pero nunca hay que buscarla. En cuanto al fracaso y la fama, me parecen irrelevantes y no me preocupan. Lo que quiero ahora es la paz, el placer del pensamiento y de la amistad. Y aunque parezca demasiado ambicioso, la sensación de amar y ser amado.”

El 14 de junio de 1986 murió en una de sus patrias, Ginebra, “la más propicia a la felicidad”.

Fuente: <https://www.festivalborges.com.ar/biografia>

Texto argumentativo

Los Hombres Sensibles, los Refutadores de leyendas y los Reyes Magos. Alejandro Dolina

Todos conocen la aguda polémica que suele encenderse en Flores cuando se acerca el seis de enero. Los Refutadores de Leyendas cumplen en esos días horarios especiales y desatan una intensa campaña. Naturalmente, tratan de esclarecer a los chicos acerca de la verdadera identidad de los Reyes Magos. Los más desafortunados no vacilan en afirmar que estos personajes no existen y que la eventual aparición de juguetes sobre el calzado infantil es el resultado de sigilosas maniobras de los padres, amparados en las sombras de la noche.

Sus argumentos -hay que decirlo- son bastante sólidos. El profesor Pedro Del Moro los ha reunido y codificado en su libro *Los Reyes son los padres*. Esa obra, cuyo solo título presagia revelaciones apocalípticas, comprende tres grandes capítulos, cada uno de ellos con razonamientos de distinto color.

El primero se titula *Testimonios*, Cerca de doscientas personas cuentan experiencias personales que abonan la tesis central del libro. Transcribimos algunos fragmentos.

"... Me costó dormirme. Siempre me pasaba lo mismo en noches como aquella. Ese año mis pedidos habían sido bastante módicos. Un encendedor, una afeitadora eléctrica y una caja de lápices. A medianoche me desperté sobresaltado: ¿Había puesto mis zapatos en el pasillo? Me levanté para comprobarlo. Y entonces en la penumbra del pasillo, subrepticio como un ladrón, hincado sobre mis viejos mocasines, vi a mi padre con los regalos. Se levantó lentamente. Durante un largo rato nos miramos con encono.

-De modo que así son las cosas - le dije.

-Dejáme que te explique...

-No, papá -no me importó ser cínico-. Creo que ya es demasiado tarde para explicaciones..."

Es probable que los berretines novelísticos del profesor Del Moro conspiran contra el estilo expositivo que es deseable en toda obra de especulación científica. Las otras historias del primer capítulo son -sin bien se las mira- todas iguales: sujetos que sorprenden a sus padres en situaciones comprometidas, confesiones espontáneas de padres arrepentidos, trampas preparadas de antemano y hasta fotografías reveladoras. El más resonante es el caso de un joven estudiante de farmacia que habiendo entrado en sospechas a causa del demasiado trato con las ciencias, amenazó a su madre con un arma hasta que la pobre mujer reconoció sus usurpaciones.

En el segundo capítulo, Del Moro apela al sentido común. Básicamente sostiene:

a) Que es por lo menos improbable que tres personas visiten todas las casas del mundo en una sola noche.

b) Que también resulta difícil admitir que puedan acarrear en sus bolsas centenares de millones de juguetes.

c) Que los regalos que amanecen sobre los zapatos el 6 de enero parecen más paternales que reales, sobre todo en el precio.

Sobre la alfalfa que algunos niños dejan en el patio, Del Moro opina que es ingerida por los padres, quienes de este modo no solamente serían los Reyes Magos, sino también los camellos.

El tercero y último capítulo es una larga serie de consejos sobre la conveniencia de no fomentar ilusiones en los niños y de explicarles todo, en términos amables, pero rigurosamente exactos.

Los Hombres Sensibles de Flores, por el contrario, prefieren que los chicos creen en los reyes, en las hadas y en el mundo de los sueños.

Por eso cada vez que se encuentran con un pibe le cuentan que hay ratones que dejan dinero bajo las almohadas si uno les pone un diente. O que el hombre de la bolsa se lleva a quienes sienten repugnancia por la sopa. O que soplando panaderos se consigue lo que uno quiere. O que pisando baldosas rojas se ahuyenta al demonio. O que haciendo gancho con los dedos se impide a los perros exonerar sus intestinos.

En la anual discusión de los Reyes Magos, los Hombres Sensibles acusan a los Refutadores de Leyendas de obrar con el único propósito de ahorrarse el regalo. A su turno, los Refutadores declaran que muchos pibes de Flores fingen creer, aun siendo escépticos, al solo efecto de recibir un trencito o una pelota. *“Esta infame actitud -dice el profesor Del Moro en su libro- es propia de niños perversos y mezquinos. ¿Qué se puede esperar de quienes venden su inocencia por una bicicleta?”*

Los Hombres Sensibles tienen en esos asuntos algunos aliados indeseables.

Muchas personas que se jactan de su dulzura suelen cometer el desatino de intentar la demostración racional del mundo mágico para convencer del todo a los chicos.

Así, cada Navidad, docenas de pajarones se disfrazan de Papá Noel (una ilusión gringa, les garanto). Otros hacen el Rey Mago y hasta llegan a saludar y besar a sus sobrinos para que creen o revienten.

Desde luego, esto no debe extrañarnos en un mundo en que la gente cree solamente en lo que se ve y se toca. No comprenden estas personas que es cien veces más verosímil un personaje que no se ve jamás y tiene la apariencia de nuestros sueños, que el chitrulo pintado de negro, que se ha puesto el batón de nuestra abuela, se parece al tío Raúl y huele a cerveza.

Yo no creo que los chicos se traguen esos disfraces. En los tiempos de mi infancia, la tienda Gath & Chaves solía exhibir en sus salones a los Reyes Magos. Yo tenía 5 años, y aunque era bastante pavote, razonaba que se trataba de tres impostores pagados por la tienda. No era posible que quienes provenían del Barrio Celeste anduvieran tomando partido por la prosperidad de una casa de comercio.

Manuel Mandeb en su estudio *Ilusiones eran las de antes* se queja de esa tendencia a la garantía visual. Veamos:

“... En estos asuntos el exceso de pruebas es más sospechoso que la ausencia de ellas. Muchos niños han creído en los Reyes hasta que los vieron. Lo único que hay que hacer es sembrarla ilusión. Después ésta crecerá sola. Nada de disfraces ni payasadas. Si insistimos en mostrar al niño todo aquello cuya existencia postulamos, llegará un día en que el pequeño sabandija nos exigirá que le mostremos el desengaño o un átomo o una esperanza. Y como no podremos hacerlo, el tipo reputará inexistentes a esperanzas, desengaños y átomos...”

No andaba desacertado Mandeb. Cuando uno ve películas de terror cree firmemente en el monstruo hasta que lo ve. Entonces descubre que no se trata del verdadero horror (que existe positivamente dentro de nosotros) sino de un truco lamentable. Pero algunos párrafos más adelante, el pensador árabe vuelve a caer - como tantas veces - en el desafortunado rumbo de los tomates. Siguiendo con el criterio de no aportar pruebas concretas, Mandeb llega a insinuar la conveniencia de suprimir el regalo de Reyes por considerarlo una concesión improcedente.

“... Así todo sería ilusión: los Reyes, su visita y aun el regalo del que podría hablarse, pero que sería imposible de ver y tocar. Los niños correrían en monopatines imaginarios y shotearían pelotas soñadas, que son las mejores porque nunca se pinchan ni se pierden ni son cortadas en pedazos por los vecinos intolerantes.”

Mandeb pensaba, además, que la abolición de la recompensa ennoblecía la creencia y, -por otra parte- eliminaba injusticias.

“Los chicos pobres son capaces de sueños tan rumbosos como los de los príncipes.”

Manuel Mandeb, como tantos Hombres Sensibles creía realmente en los Reyes Magos.

Todos los cinco de enero ponía sus zapatones en la ventana de la pieza de la calle Artigas donde vivió muchos años. Jamás le dejaron nada, es cierto. Pero el hombre suponía que esto obedecía a su conducta, no siempre intachable. En los días previos, las viejas del barrio creían notarlo amable y compuesto. Quizá no eran suficientes esos méritos de compromiso. No es fácil engañar a los Reyes.

Muchos de sus amigos sintieron alguna vez la tentación de dejarle algún regalito.

Pero no quisieron engañarlo. Ellos también esperaban con él. Y hacían fuerza para que alguna vez apareciera aunque más no fuera un calzoncillo.

Nunca ocurrió nada, pero la fe de los Hombres Sensibles de Flores no se quiebra fácilmente.

¿Qué virtud encierra creer en lo evidente? Cualquiera papanatas es capaz de suscribir que existen las licuadoras y los adoquines. En cambio se necesita cierta estatura para atreverse a creer en lo que no es demostrable y -más aun - en aquello parece oponerse a nuestro juicio. Para lograrlo hay que aprender - como quería Descartes - a desconfiar del propio razonamiento. Por supuesto, en nuestro tiempo cualquier imbécil tiene una confianza en sus opiniones que ya quisiera para sí el filósofo más pintado.

La incredulidad es -según parece- la sabiduría que se permiten los hombres vulgares.

Nosotros resolvimos apostar una vez más por las ilusiones.

Por eso hicimos nuestras cartitas, pusimos nuestros enormes y pringosos zapatos en las ventanas, en los patios y aun en los jardines.

Y el seis de enero recogimos nuestros sencillos regalos y se los mostramos a los vecinos.

-Mire lo que nos trajeron los Reyes.

Algunos Refutadores de Leyendas nos miraban con envidia, silenciosamente.

Fuente: Crónicas del Ángel Gris. Alejandro Dolina. Editorial Booket.

Cuento de ciencia ficción

Todo el verano en un día. Ray Bradbury

—¿Ya?

—Ya.

—¿Ahora?

—En seguida.

—¿Sabrán los sabios, realmente? ¿Sucederá hoy?

—Mira, mira y verás.

Los niños se amontonaban, se apretujaban como muchas rosas, como muchas flores silvestres, y miraban hacia afuera buscando el sol oculto.

Llovía.

Llovía desde hacía siete años; miles de días sobre miles de días que la lluvia había tejido de extremo a extremo, con tambores y cataratas de agua, con el estrépito de tempestades que inundaban las islas como olas de una marea. La lluvia había triturado mil bosques que habían crecido mil veces para ser triturados de nuevo. Y así era para siempre la vida en el planeta Venus, y aquélla era, la escuela de los hijos de los hombres y mujeres del cohete que habían venido a un mundo de lluvias, a traer la civilización y a vivir sus vidas.

—¡Para! ¡Para!

—¡Sí, sí!

Margot no miraba con aquellos niños que no podían acordarse de un tiempo en que no todo era lluvia y lluvia y lluvia. Tenían todos nueve años, y si había habido un día, siete años atrás, en que había salido el sol una hora, mostrando su cara a un mundo sorprendido, no podían recordarlo. A veces, de noche, Margot oía cómo se movían en sueños, y ella sabía entonces que recordaban el oro, o un lápiz amarillo, o una moneda tan grande que con ella uno podía comprarse el mundo. Sabía que creían recordar un calor, un ardor en las mejillas, en el cuerpo, en los brazos y las piernas, en las manos temblorosas. Pero luego despertaban siempre al tamborileo trepidante, al interminable

tintineo de unos collares de perlas transparentes sobre el tejado, el sendero, los jardines, los bosques..., y los sueños se desvanecían.

Todo el día anterior, en clases, habían leído acerca del sol. De cómo se parecía a un limón, y de cuán caliente era. Y habían escrito cuentos o ensayos o poemas a propósito del sol.

El sol es una flor que sólo se abre una hora.

Eso decía el poema de Margot, leído en voz baja en el aula silenciosa, mientras afuera caía la lluvia.

—¡Bah! ¡No lo escribiste tú! —protestó uno de los chicos.

—¡Sí! —dijo Margot—. ¡Yo!

—¡William! —dijo la maestra.

Pero eso había sido ayer. Hoy la lluvia amainaba y los niños se apretaban contra los gruesos cristales del ventanal.

—¿Dónde está la maestra?

—Ya viene.

—Pronto, o no veremos nada.

Los niños eran como una rueda febril de rayos que subían y caían.

Margot no se acercaba a ellos. Era una niña frágil y parecía que hubiese andado muchos años perdida en la lluvia, y que la lluvia le hubiese desteñido el color azul de los ojos, el rojo de los labios y el oro del pelo. Era como la vieja fotografía de un álbum, polvorienta, borrosa, y hablaba poco, y con una voz de fantasma. Ahora, alejada de los otros, miraba la lluvia y el turbulento mundo líquido más allá de los vidrios.

—¿Qué miras? —dijo William.

Margot no respondió.

—Contesta cuando te hablan.

William le dio un empujón. La niña no se movió; es decir, dejó que el empujón la moviera, y nada más.

Siempre la apartaban así. Margot no jugaba con ellos en los túneles sonoros de la ciudad subterránea, y nunca corría con ellos y se quedaba atrás, parpadeando. Cuando la clase cantaba canciones que hablaban de la felicidad, de la vida, de los juegos, apenas movía los labios. Sólo cantaba cuando los cantos hablaban del verano y del sol, y entonces clavaba los ojos en los ventanales húmedos.

Y además, por supuesto, había otro crimen, más grave. Margot había llegado de la Tierra hacía sólo cinco años y aún se acordaba del sol. Recordaba que cuando tenía cuatro años el sol aparecía en el cielo de Ohio todas las mañanas. Ellos, en cambio, habían vivido siempre en Venus, y sólo tenían dos años cuando el sol había salido por última vez, y ya se habían olvidado de su color, su tibieza, y de cómo era en realidad. Pero Margot recordaba.

—Es una moneda —dijo una vez Margot, cerrando los ojos.

—¡No, no! —gritaron los niños.

—Es como el fuego de la chimenea —dijo Margot.

—¡Mientes, no! —gritaron los niños.

Pero Margot recordaba, y lejos de todos, en silencio, miraba las figuras de la lluvia en los vidrios.

Una vez, un mes atrás, no había querido bañarse en la ducha de la escuela, se había cubierto la cabeza con las manos, y había gritado que no quería que el agua la tocara. Luego, oscuramente, oscuramente, había comprendido: era distinta, y los otros notaban la diferencia, y se apartaban.

Se decía que los padres de Margot se la llevarían de nuevo a la Tierra el año próximo, pues era para ella cuestión de vida o muerte, aun cuando la familia perdería por ese motivo varios miles de dólares. Por eso la odiaban los niños, por todas esas razones, de mucha o poca consecuencia. Odiaban aquel pálido rostro de nieve, su silencio ansioso, su delgadez, y su futuro posible.

—¡Vete! —William la empujó de nuevo—. ¿Qué esperas?

Entonces, y por primera vez, Margot se volvió y lo miró. Y lo que esperaba se le vio en los ojos.

—¡Bueno, no te quedes ahí! —gritó William, furioso—. No verás nada.

Margot movió los labios.

—¡Nada! —gritó William—. Fue todo una broma, ¿no entiendes? —Miró a los otros niños—. Hoy no pasará nada, ¿no es cierto?

Todos lo miraron pestañeando, y de pronto comprendieron y se echaron a reír, sacudiendo las cabezas.

—¡Nada, nada!

—Oh —murmuró Margot, desconsolada. Pero si es hoy. Los sabios lo anunciaron, y ellos saben. Hoy el sol...

—Fue una broma, nada más —dijo William tomándola bruscamente por el brazo—. Eh, vamos, será mejor que la encerremos en un armario antes que vuelva la maestra.

—No —dijo Margot, retrocediendo.

Todos se le fueron encima, y entre protestas y luego súplicas y luego llantos, la arrastraron a un túnel, a un cuarto, a un armario, cerraron la puerta, y le echaron llave. Se quedaron un rato mirando cómo la puerta temblaba con los golpes de la niña y oyendo sus gritos sofocados. Después, sonriendo, dieron media vuelta, y salieron del túnel en el momento en que llegaba la maestra.

—¿Listos, niños?

La maestra miró su reloj.

—¡Sí!

—¿Estamos todos?

—¡Sí!

La lluvia menguaba cada vez más.

Fue entonces como si en la película cinematográfica de un alud, de un tornado, de un huracán, de una erupción volcánica, la banda de sonido se hubiera estropeado de pronto, y todos los ruidos, todas las ráfagas, todos los ecos y truenos se hubiesen apagado bruscamente, y como si en seguida hubiesen arrancado el film del aparato, que proyectaba ahora una apacible fotografía tropical que no se movía ni trepidaba. El mundo se había detenido. El silencio era tan inmenso, tan inverosímil que parecía que uno se hubiese puesto algodones en los oídos, o que uno se hubiera quedado sordo. Los chicos se llevaron las manos a los oídos.

La puerta se abrió, y el olor del mundo silencioso, expectante, entró en la escuela.

Salió el sol.

Tenía el color del bronce fundido, y era muy grande. Alrededor, el cielo era un deslumbrante mosaico azul. El hechizo se quebró al fin, y los niños se precipitaron gritando hacia el verano. La selva ardía bajo el sol.

—Bueno, no vayan muy lejos —les gritó la maestra—. Tienen sólo dos horas. Que la lluvia no los sorprenda afuera.

Pero los niños corrían ya con los rostros vueltos hacia el cielo, sintiendo que el sol les quemaba las mejillas como un hierro candente, y ya se quitaban los abrigos para que el sol les dorara los brazos.

—Es mejor que las lámparas de sol, ¿no es cierto?

—¡Oh, mucho, mucho mejor!

Dejaron de correr. Estaban en la enorme selva que cubría Venus, esa selva que nunca dejaba de crecer, tumultuosamente, que crecía mientras uno la miraba. La selva era un nido de pulpos y extendía unos tentáculos de zarzas carnosas, temblorosas, que florecían en la breve primavera. Tenía el color del caucho y de la ceniza esta selva, luego de tantos años sin sol. Tenía el color de las piedras, del queso blanco y de la tinta.

Los niños se echaban riéndose en el colchón de la selva, y oían cómo crujía y suspiraba, elástica y viva. Corrían entre los árboles, resbalaban y caían, se empujaban, jugaban; pero sobre todo miraban el sol con los ojos entornados hasta que las lágrimas les rodaban por las mejillas. Tendían las manos hacia el resplandor amarillo y el asombroso azul y respiraban el aire puro y escuchaban el silencio y descansaban en él como flotando en un mar inmóvil. Todo lo miraban, todo lo disfrutaban. Luego, impetuosamente, como animales que han escapado de sus madrigueras, corrían y corrían en círculos, gritando. Corrieron toda una hora.

Y de pronto...

En plena carrera, una niña gimió.

Todos se quedaron quietos.

De pie, en la selva, la niña extendió una mano.

—Oh, miren, miren —dijo.

Todos se acercaron lentamente y miraron la mano abierta.

En el centro de la palma, como una ventosa, una gota de lluvia.

La niña se echó a llorar, mirando la gota.

Todos alzaron rápidamente los ojos al cielo.

—Oh, oh.

Unas gotas frías les cayeron en las narices, las bocas, las mejillas. El sol se apagó tras una ráfaga de niebla. Alrededor de los niños sopló un viento frío. Todos se volvieron y echaron a caminar hacia la casa subterránea, con los brazos caídos, las sonrisas muertas.

El estampido de un trueno los estremeció, y como hojas arrastradas por un viento que se levanta echaron a correr tropezando y tambaleándose. Un rayo estalló a diez kilómetros de distancia, a cinco kilómetros, a dos, a uno. Las tinieblas de la medianoche cubrieron el cielo.

Se quedaron un momento en la puerta del subterráneo hasta que la lluvia arreció. Luego cerraron la puerta y escucharon el ruido de las toneladas de agua, la catarata que caía en todas partes y para siempre.

—¿Otros siete años?

—Sí, siete años.

De pronto un niño gritó.

—¡Margot!

—¿Qué?

—Está aún en el armario.

—Margot.

Los niños se quedaron como estacas clavadas en el suelo. Se miraron y apartaron los ojos. Miraron de reojo el mundo donde ahora llovía, llovía y llovía, inmutablemente. Tenían unas caras solemnes y pálidas. Cabizbajos, se miraron las manos, los pies.

—Margot.

—Bueno —dijo una niña.

Nadie se movió.

—Vamos —murmuró la niña.

Lentamente, recorrieron el pasadizo bajo el ruido de la lluvia fría, entraron en la sala bajo el estrépito de la tormenta y el trueno, con unas caras azules, terribles, iluminadas por los relámpagos. Se acercaron al armario, lentamente, y esperaron.

Detrás de la puerta sólo había silencio.

Abrieron la puerta, más lentamente aún, y dejaron salir a Margot.

Funete: <https://lecturia.org/cuentos-y-relatos/ray-bradbury-todo-el-verano-en-un-dia/4082/>



Reseña literaria

El corazón delator, de E. A. Poe. Por Antonio Escalante

Tras releer «El corazón delator», pude reafirmar mi percepción de Poe como un genio de la narrativa.

Es uno de los relatos más cortos del autor y está escrito con un lenguaje económico y preciso. Se nota **meticulosamente planeado**. En él no se siente que haya partes innecesarias, y desde el comienzo se puede percibir que el autor ya tiene el final en mente, y que **cada parte del cuento contribuye a generar el efecto al que apunta el inesperado desenlace**. Todo el cuento se centra firmemente en un personaje y un asunto.

Pero «El corazón delator» no solo es **admirable por su estructura**. El cuento parece explorar, por un lado, las **contradictorias, pero inevitables conexiones** entre la **premeditación racional y la irracionalidad** asesina de un demente, y por otro, el vínculo estrecho entre el afecto más sincero y el odio más visceral.

Poe parece decirnos que, a veces (o quizás a menudo), **el amor y el odio** están relacionados el uno con el otro y pueden ser difíciles de diferenciar.

El narrador asegura que quería mucho al viejo al que, sin embargo, planea asesinar. Intenta justificar su locura volcando la culpa, y proyectando su odio incomprensible, sobre el ojo desagradable del anciano, similar al de un buitre. Trata a ese ojo como si fuera un elemento separado del viejo.

«El corazón delator», además de desarrollarse como la construcción de una trama y unos temas, se desarrolla también como **una construcción verosímil de la psicología de un personaje**: un asesino psicótico y paranoico.

Este se convence a sí mismo de que su hipersensibilidad es prueba de su cordura. Proyecta sus defectos y su culpa sobre el viejo y la policía. Se obsesiona de forma maniática con la idea de asesinar al viejo. Cree que la policía puede oír también aquel sonido reiterado que lo atormenta y que no es otra cosa que una exteriorización de su culpa.

La parte que más me gusta del cuento son los dos últimos párrafos. Allí Poe no nos dice de inmediato cuál es el ruido insoportable que desquicia de forma repentina al narrador. Deja que el suspenso y la tensión se vayan acumulando, y únicamente en la última línea nos revela la impactante verdad.

Fuente: <https://universoescritura.com/2021/03/26/resena-el-corazon-delator-de-edgar-allan-poe/>

La historia es contada en primera persona por un ingeniero encargado de hacer un estudio para edificar un lago en un remoto paraje, llamado Arkham. Allí encuentra un área de terreno que es distinta a todas y que le causa extrañas sensaciones. Un anciano vecino del lugar le explica que el motivo del estado de esa parcela es que un meteorito se estrelló cerca de una granja, y, al transcurrir el tiempo, las plantas y árboles primero, y los animales después, empiezan a sufrir mutaciones, cambios de color, olores desagradables, acabando afectando a la familia que habita la granja, enloqueciéndola hasta morir en un trágico final, y el ingeniero decide abandonar su trabajo electrizado por el horror que descubre. Debo decir que yo ya soy una iniciada más del universo Lovecraftniano; una fan más de este mundo lleno de seres cósmicos... Estuve leyendo varias páginas buscando información sobre los relatos y cuentos de Lovecraft, y en los que encontré información acerca de este relato en particular concuerdan con que es uno de los mejores escritos del traumado Lovocraft. ¿Y qué les digo?, pues que deben tener razón porque de los tres que me leí este es el que más me gustó. En este relato Lovecraft no nos presenta propiamente a un ser horroroso como lo hace en La Llamada de Cthulhu o en El Horror de Dunwich, en este cuento simplemente nos describe un color. Un color que es frío y húmedo, pero que quema. Una especie de humo que sorbe la vida de todas las cosas. Esta historia da inicio cuando un meteorito cae junto a la granja del viejo Nahum Gardner. La granja se encuentra ubicada en un remoto paraje llamado Arkham. A partir de allí muchas cosas raras comienza a pasarle a todas las cosas vivas del área, plantas, árboles, el terreno, animales y al final incluso a los humanos. Al llegar el tiempo de la cosecha el viejo Nahum se da cuenta que de los frutos tiene un tamaño inusualmente grande y un sabor desagradable, por todo el terreno comienzan a crecer unas hierbas y plantas de color extraño y con olor fétido. Los árboles florecen prematuramente y por las noches se mecen, aunque no haga ni una pizca de viento. Los animales del área comienzan sufrir raras mutaciones son más grandes y de aspecto insólito. Al final lo que habitaba en el meteorito, un ser sin forma y desconocido también llega afectar a toda la familia que vive en la granja.

Una vez más nos encontramos con relato bastante corto, simple, sencillo y súper fácil de leer; que te deja con una sensación total de desasosiego. Un relato original que mezcla la ciencia ficción y el terror a la perfección. Me sorprende la imaginación del señor Lovecraft, el terror que logró crear hace casi un siglo cuando solamente se hablaba de vampiros o fantasmas. De su imaginación se sacó un color al que convirtió en un ser, una criatura capaz de absorber vida y causar el más terrible de los horrores.

Fuente: <https://lahermandaddeloslibros.blogspot.com/2014/10/resena-el-color-que-cayo-del-cielo-de-h.html>

Alicia en el País de las Maravillas **Lewis Carroll**

Por Carlota Echevarría

Como ya sabes, las niñas bien educadas no van por ahí metiéndose en las madrigueras de los conejos, y mucho menos a la hora del té. Pero es que Alicia estaba muy, muy aburrida, y el conejo en cuestión no paraba de consultar el reloj y lamentarse de que llegaba tarde. Tarde... ¿a dónde?

Tras una eternidad cayendo por la madriguera y otra tratando de pasar por la puerta, Alicia llega al País de las Maravillas, un lugar que desafía las leyes de la lógica y por el que pasean infinidad de personajes emblemáticos. A través de una serie de episodios sin mucha conexión entre sí, Alicia va conociéndolos y tratando de aprender las normas de este mundo tan surrealista.

Alicia en el País de las Maravillas es una obra maestra de la literatura universal; un libro que, desde su publicación en 1865, ha marcado un antes y un después en la literatura infantil y en la fantasía, y cuyos personajes han saltado del papel para formar parte del imaginario colectivo. Sin necesidad de haber leído la obra de Carroll, todos conocemos a Alicia, al Conejo Blanco o a la Reina de Corazones, y es que los personajes son uno de los motivos por los que esta obra ha pasado a la posteridad.

Aunque, sin duda, si algo caracteriza a Alicia es el sinsentido y los juegos de palabras. El País de las Maravillas, que parece tan alocado en un primer golpe de vista, tiene su propia lógica, muchas veces basada en juegos lingüísticos o en metáforas. Lewis hace gala de una imaginación desbordante y, aun así, lo que más impresiona no son las escenas que describe sino cómo las describe. Su ingenio y su dominio del lenguaje son, probablemente, los que han hecho que Alicia llegue tan lejos.

Alicia en el País de las Maravillas es una novela que desconcierta y fascina. Habrá episodios que te gusten más y otros que disfrutes menos, pero vale la pena leerlo y dejarse sorprender por lo actual que resulta un libro escrito hace ciento cincuenta años.



<https://www.eltemplodelasmilpuertas.com/critica/alicia-pais-maravillas/1696/>

Entrevista

Millvina Dean es, ni más ni menos, la persona más joven que embarcó en el Titanic aquí mismo, en el puerto de Southampton, el día 10 de abril de 1912.

— Millvina, ¿usted nació aquí, en la misma ciudad desde cuyo puerto zarpó el Titanic?

— No. Aunque en muchos libros que han escrito sobre la historia del Titanic dicen que yo nací aquí, el dato no es correcto. Yo nací en Londres, el día 2 de febrero de 1912, es decir, 38 días antes de que mis padres embarcaran en el Titanic. De las 2.208 personas que íbamos a bordo del “barco de los sueños”, yo era la más joven.

— Embarcó toda su familia?

— Si. Íbamos mis padres, Bertrán Frank Dean y Georgette Eva Light, y mi hermano Bertran.

— Porque emigraba su familia?

— Mi padre había soñado siempre con montar una tienda de tabaco en América, más concretamente en la ciudad de Wichita, en Kansas. Ahorró durante toda su vida para poder comprar los billetes del barco y abrir una tienda allí.

— Tuvo que ahorrar mucho porque para viajar en un barco de esas características hacia falta bastante dinero ¿no es cierto?

— Si. Trabajó muy duro durante toda su vida, pero lo hacía con ilusión, quería cumplir un sueño. Pero permítame aclararle que viajábamos en el Titanic en tercera clase, no en primera.

— Le contó su madre como fue el día en que subieron a bordo?

— Mi madre nunca quiso contarme nada acerca de sus experiencias en el Titanic hasta que yo cumplí 8 años. En ese momento, cuando me anunciaba que pensaba casarse de nuevo, comenzó a relatarme lo sucedido en el Titanic y en especial cómo lo vivió nuestra familia.

— Cual fue su primera impresión al encontrarse en el puerto, frente a frente con aquel barco tan impresionante?.

— Ella siempre dijo que el Titanic era como si en el mismo puerto, hubiesen construido una fortaleza. Era enorme, en altura y longitud; era tan grande que la mayoría de las personas que íbamos a bordo no éramos capaces de verlo en su totalidad. Disponía de tal cantidad de dependencias que para un pasajero era prácticamente imposible conocer, especialmente para los que viajábamos en tercera

— Porque eligieron sus padres el Titanic para realizar este viaje?.

— Cualquier persona en aquel momento lo hubiese elegido. Era el barco más grande, más seguro, más confortable y más rápido del mundo. Sin duda creían que era un honor ocupar un camarote, aunque fuese de tercera clase, en el “barco de los sueños”.

— Por qué le llamaban “El Barco de los Sueños”?

— Porque la mayoría de personas que viajábamos en él, sobre todo la gente más humilde como nosotros, viajábamos para poner en marcha un proyecto. Todos soñaban, igual que mis padres, en comenzar una nueva vida en América. Algunos pudieron cumplir su ilusión; otros, como nosotros, no.

Durante toda la entrevista Millvina ha estado sonriente, yo diría que alegre y feliz, pero en este momento, cuando tiene que recordar el sueño truncado de su padre, su cara refleja desilusión y decepción pero no tristeza. Sus ojos casi no pueden contener la lágrima que está pugnando caer por sus mejillas; pero enseguida se repone, al tiempo que intento provocarle una sonrisa.

— Millvina, yo le prometo que el próximo día 2 de febrero del año 2007, volveré a visitarla, pero esta vez además de las flores, le traeré una tarta con sus 95 velas.

— De acuerdo, pero tráigame también una botella de vino dulce español. Me gusta mucho y brindaremos con él.

Ya sonrío. Me mira a través de los cristales de sus grandes gafas y me coge la mano. Yo también cojo la de ella. Creo que necesita afecto y me alegro de contribuir a que vuelva a sonreír.

— Como eran los camarotes de tercera clase?

— Eran estupendos. Mi madre los describía como un poco estrechos pero muy acogedores. Sin duda, las personas que viajaban en tercera clase tenían mejores camas en el Titanic que en sus propias casas. Además les cambiaban las sábanas y les hacían las camas a diario, cosa que no sucedía en sus casas. El único inconveniente era que, en los camarotes de tercera clase no había agua corriente y la que contenía el depósito del lavabo, no era suficiente para los adultos y los dos niños.

— Comían bien en la tercera clase?

— Mi madre recordaba no haber comido nunca tanto, ni tan exquisito hasta entonces. Naturalmente no eran los refinados menús del comedor de lujo de primera clase, pero dudo que, la mayor parte de las personas que viajábamos en tercera, nos alimentásemos mejor en nuestras casas. Además comíamos tres veces al día. Nadie podía pasar hambre.

— Como pasaban el día?

— Al ser viajeros de tercera clase nuestros movimientos dentro del barco estaban restringidos. Mi madre hubiese querido conocer las zonas reservadas a los pasajeros de primera; quería conocer los amplios pasillos, el gimnasio, los baños turcos, las piscinas, las peluquerías, la biblioteca, etc. etc., pero no le fue posible. No nos dejaban abandonar las zonas de tercera clase que era la cubierta inferior en popa y en proa. Además ella era muy friolera, igual que yo, por lo que apenas salía del camarote y de la zona interior. Por lo demás, mi padre se iba con los hombres a jugar a cartas o a charlar. También me dijo que un grupo de pasajeros de tercera clase –irlandeses- formaron una pequeña banda de música y organizaban bailes y canciones para los jóvenes.

— Como se enteraron del choque del barco contra el iceberg?

— Lo cierto es que no nos enteramos. Estábamos los cuatro dormidos y nos despertaron los gritos de la gente en el pasillo. Salió primero mi padre para ver que pasaba; enseguida regresó y nos cogió a los tres para llevarnos a cubierta. En esos momentos ya todo el mundo se imaginaba que algo muy grave estaba pasando.

— ¿Es verdad que los pasajeros de tercera clase tuvieron muchos problemas para acceder a la cubierta de los botes salvavidas?

— La versión de todos los supervivientes de tercera clase con los que yo he hablado, incluida mi madre, coinciden en negar tal afirmación. Es cierto que en aquellos momentos críticos hubo mucha confusión, gritos, desorganización... pero dudo que nadie impidiese a ningún pasajero, de ninguna clase, subir a la cubierta de los botes salvavidas.

— Entonces no es verdad que dichos pasajeros se encontraron las verjas cerradas que les impedían el paso?

— Ningún superviviente corrobora esa versión de los hechos. Nuestra familia no encontró ningún problema para subir desde los camarotes de tercera clase a la cubierta de los botes salvavidas. Repito, reinaba el caos y la desorganización, pero nadie impidió el paso a las cubiertas.

— Aquello parecería una “Torre de Babel” ¿verdad?

— Cierto. Hay que tener en cuenta que en el Titanic había personas de casi todas las nacionalidades, incluidos diez españoles, y que la tripulación solamente hablaba en inglés. Eso fue un gran inconveniente. En tercera clase viajaban muchos turcos, italianos, franceses, incluso chinos, que no conocían el idioma inglés, ni sabían leerlo. Eso hizo que no entendiesen las órdenes de la tripulación ni los letreros de salidas de emergencia. Fue un caos. El idioma impidió que muchos de los pasajeros salvaran sus vidas.

— Millvina, su familia constaba de cuatro personas y se salvaron tres. ¿Como ocurrió?

— Mis padres eran jóvenes. Eran ingleses. Mi madre era muy guapa y ella, siempre en broma, solía contar que su belleza y su simpatía, le abrió paso al bote salvavidas. Además me llevaba a mí en sus brazos y a mi hermano de la mano.

— Sin embargo su padre...

— Mi padre, como la mayoría de los hombres, cedieron su puesto en los botes salvavidas para que los ocupasen las mujeres y los niños. Murió como un valiente, como la gran mayoría de las personas que perdieron la vida en el Titanic. Siempre nos hemos sentido muy orgullosos de mi padre.

— Le contó algo su madre sobre la historia de los músicos?

— Si. Todos los supervivientes coincidieron en manifestar que los músicos de la orquesta del Titanic se comportaron como unos auténticos héroes. Podrían haberse salvado todos, porque como miembros de la tripulación del Titanic podrían haber ocupado el lugar de un marinero en cualquiera de los botes salvavidas, pero ellos eligieron quedarse en la cubierta del barco y continuar

interpretando sus obras favoritas con el fin de hacer menos dramático el final que les esperaba a todos.

—Que hay de cierto en que la última pieza que tocaron antes de hundirse el barco fuese la canción religiosa “Cerca de ti Señor”?

— En relación a esto hay diferentes versiones. Unos supervivientes dijeron que la última pieza que escucharon fue un vals, otros que una polca, la mayoría, efectivamente, dijeron que era la canción religiosa “Cerca de ti Señor”, aunque muchos declararon que el alboroto era tal, que desde los botes, era imposible escuchar nada. Seguramente eso fue lo que ocurrió.

— Mientras esperaban la llegada del Carphatia, a bordo de los botes salvavidas cundió el pánico?.

— No. Las personas que estábamos en los botes salvavidas habíamos perdido, casi todas, a algún miembro de la familia. La gente estaba agotada, rendida, sin apenas ganas de vivir, sin ilusión. No había lugar para el pánico.

— Como fue la llegada a Nueva York a bordo del Carphatia?.

— Mi madre fue muy asediada por los fotógrafos y periodistas. Llevaba en sus brazos a la persona más joven del Titanic, además de otro hijo y éramos pasajeros de tercera, por lo que nos hicieron muchísimas fotografías. Aquí tiene una de ellas. La guardo como un tesoro.

Fuente: <https://fundaciontitanic.com/4083.html>

